

Hegemonía y contra-hegemonía para otro mundo posible	Titulo
Sader, Emir - Autor/a	Autor(es)
Resistencias mundiales (De Seattle a Porto Alegre)	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2001	Fecha
Secretaria Ejecutiva	Colección
mundializacion; capitalismo; feminismo; movimientos sociales; resistencias sociales; poder politico;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100726093044/6sader.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



HEGEMONÍA Y CONTRAHEGEMONÍA PARA OTRO MUNDO POSIBLE

Emir Sader*

La capacidad de reconocer las marcas de un nuevo tiempo nos permite ser contemporáneos de nuestro presente y captar el movimiento real que articula las condiciones objetivas y la construcción de un nuevo sujeto histórico. La conciencia plena de fenómenos se alcanza solamente cuando la fiesta terminó, pero la capacidad de intervenir concretamente en su desarrollo supone la sensibilidad y la percepción efectiva de los fenómenos que nacen embrionariamente, con todas sus posibilidades y potencialidades. Al mismo tiempo que la conciencia de que nada es irreversible, de que todo lo nuevo es una posibilidad, de que la inercia y el poder de lo existente vuelven siempre a levantarse una y otra vez como obstáculos anclados en las condiciones materiales de existencia y en la consolidación de los viejos hábitos y costumbres que esa misma realidad sedimentó en todos nosotros.

El primer gran ejercicio para captar las marcas de lo “nuevo” reside en reconocerlo no sólo como fenómeno que desentona sino como hilo conductor que permite revertir la relación de fuerzas existente. La derrota de Jimmy Carter ante Ronald Reagan, el triunfo de Thatcher sobre los laboristas ingleses, preanunciaban tiempos nuevos, aunque las derrotas impuestas a las huelgas de los trabajadores del carbón en Inglaterra y la capacidad de Reagan de transformarse de un político mediocre de extrema derecha en un dirigente de prestigio nacional en EUA, con ideas que combinaban el privilegio del incentivo con el gran capital y el militarismo en el frente externo, configuraron la instauración de un nuevo modelo hegemónico en el mundo. La adhesión al neoliberalismo de los socialistas franceses y luego de prácticamente toda la socialdemocracia y sus congéneres en la periferia capitalista daba la dimensión asumida por la nueva hegemonía mundial. Cuando la Unión Soviética se auto-desmembró, las ideas dominantes en el mundo eran nuevamente las ideas liberales: con la democracia identificada con el modelo liberal y con la economía crecientemente reconvertida hacia el modelo capitalista de mercado.

* Director del Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) -Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Traducción: Andrea Beremblum.

Se trataba del punto de llegada de un largo proceso de acumulación de fuerzas iniciado remotamente en los años cuarenta cuando los neoliberales les hablaban a las paredes, como una secta aparentemente jurásica, pregonando objetivos supuestamente superados para siempre, como la reducción de la educación y la salud a meras mercancías, el “Estado mínimo”, la desregulación de la economía, entre otras propuestas entonces consideradas utopías delirantes y nostálgicas.

¿Cómo se cambia una relación de fuerzas? ¿Cómo se construye un nuevo mundo a partir del mundo tal cual es? ¿Cómo se construye un mundo nuevo a partir de los hombres tal cual son? Esos son los grandes temas para aquellos que se proponen transformar la realidad. ¿Con qué fuerza se cuenta? ¿Cuál es la fuerza de los obstáculos a superar? Saber evaluar la real relación de fuerzas, conocer las propias potencialidades, evaluar debidamente la fuerza del enemigo es condición para captar los puntos fuertes y débiles de cada uno y encontrar el (los) eslabón(es) más débil(es), aquel(los) a partir del(los) cual(es) es posible revertir la relación de fuerzas existente e iniciar la construcción de un mundo nuevo.

“Las ideas dominantes son las ideas de las clases dominantes”. La frase de Marx constituye el punto de partida irrenunciable para quien quiere comprender las fuerzas en conflicto. Ideas que son dominantes porque corresponden a un sistema de producción y de reproducción de las condiciones materiales de existencia – de que esas ideas son el correspondiente en el plano de la subjetividad. Fenómeno que corresponde al concepto de “hegemonía”, tal como fue rescatado y redefinido por Gramsci, volviéndose así un elemento indispensable para cualquier estrategia de transformación revolucionaria, tanto de sus elementos materiales como de sus dimensiones culturales.

La hegemonía norteamericana en el mundo contemporáneo es el marco ineludible de toda forma de comprensión que no quiera dejar de captar lo esencial. Nada importante puede ser comprendido en el mundo actual fuera del marco de la hegemonía de los EUA, ya sea por su profundidad o por su alcance. Ese es el marco necesario de análisis, de cuya comprensión dependen las orientaciones para la lucha antisistémica contemporánea. Visiones unilaterales que destaquen de forma desproporcionada las debilidades de la hegemonía norteamericana o que, al contrario, revelen solamente sus elementos de fuerza, perderán el eje central, asentadas en sus contradicciones, mecanismo por el cual sus elementos de fuerza acentúan, simultáneamente, sus debilidades. Comprender el movimiento real y por lo tanto contradictorio del capitalismo contemporáneo y de la hegemonía norteamericana que lo orienta, es la base inicial indispensable para una estrategia de construcción de un mundo diferente.

Ese capitalismo, a su vez, tiene sus referencias centrales en el capital financiero y en la ideología neoliberal, que articulan su movimiento de acumulación y concentración de riquezas con los valores que la justifican y orientan. Esos son los puntos de partida que, como tales, también es necesario explicar porque de su movimiento contradictorio se nutren las fuerzas antisistémicas capaces de ver en el capitalismo no solamente la riqueza sino también la miseria – material y espiritual – con su potencial revolucionario.

ACUMULACIÓN DE FUERZAS: DEL CAPITALISMO AL IMPERIALISMO

Las luchas populares, en el capitalismo central, se expresaron en las resistencias y conquistas del movimiento obrero y en los combates por la efectivización plena de las promesas de la Revolución Francesa, de las cuales las barricadas de 1848 y la Comuna de París fueron sus primeras grandes expresiones. Al modelo insurreccional inicial se sumó la combinación de la lucha institucional con la respuesta violenta a la violencia burguesa – formulada por Engels a partir de la experiencia alemana – como formas de revertir la dominación capitalista.

La emancipación de la clase trabajadora generaría, a partir de la socialización de los medios de producción, las condiciones de una nueva hegemonía. Acumular fuerzas era centralmente fortalecer la lucha de la clase trabajadora en todos sus niveles: lucha económica, lucha política y lucha ideológica. Tanto la vía parlamentaria – caracterizada como reformista – como la insurreccional, evaluaban la relación de fuerzas, los avances y los retrocesos de la lucha anticapitalista basada en la fuerza de la clase trabajadora, de sus sindicatos, del éxito de sus reivindicaciones, de la fuerza política e ideológica parlamentaria y propagandística de su(s) partido(s).

El marco nacional de los países capitalistas desarrollados – aquellos en que la agudización de las contradicciones posibilitaría no sólo la ruptura con el capitalismo sino que propiciaría las condiciones para la construcción del socialismo – era el horizonte de evaluación de la correlación de fuerzas. Francia – “laboratorio de experiencias políticas”, según la expresión de Engels – fue el escenario privilegiado de las luchas de clase más avanzadas desde 1789, pasando por 1830, por las barricadas de 1848 y por la Comuna de 1871. El fracaso de 1848 se daba por la inmadurez – social y política – de la clase trabajadora; la mayoría de los combatientes de las barricadas eran artesanos, los operarios eran todavía una minoría. En la Comuna, las debilidades que terminaron conduciendo a su derrota – siempre según Marx – se debieron a la falta de condiciones ideológicas y políticas, transfiriendo así el foco de análisis de los factores “objetivos” a los “subjetivos”, en ese caso la hegemonía del anarquismo.

Cuando analiza la coyuntura posterior a la Comuna de París, Engels avanza en esa dirección, inaugurando un nuevo campo de abordajes de la táctica del movimiento obrero, al comparar las lecciones que la burguesía había sacado de las formas de lucha insurreccional y de las nuevas condiciones de lucha abiertas por los espacios institucionales en Alemania. Los análisis se daban siempre en países del capitalismo central, el enfoque se basaba en las condiciones sociales y políticas de lucha, de forma similar a los análisis de Marx sobre la experiencia de la Comuna de París.

Otra contribución a los métodos de evaluación de la acumulación de fuerzas se dará en un marco nuevo: el de la emergencia del imperialismo. En ésta se extenderá el universo de análisis hacia el plano mundial, mientras el mercado capitalista se universaliza. Los espacios nacionales continuaron siendo – como hasta hoy – los escena-

rios concretos de disputa hegemónica, aunque los análisis de las correlaciones de fuerza comenzaron a incluir obligatoriamente el marco mundial como condicionante más o menos fuerte en relación al tipo de inserción internacional de cada país.

Fue en ese nuevo escenario que Lenin introdujo el concepto de “eslabón más débil de la cadena imperialista” para referirse al lugar, dentro del conjunto del sistema, en el cual las contradicciones se condensaban de manera más fuerte, haciendo ese eslabón de la cadena más permeable a la ruptura. Hasta ese momento coincidían, a partir de los análisis de Marx, los lugares probables de ruptura del Estado burgués con los lugares apropiados para la construcción del socialismo, negador y superador del capitalismo, y, por lo tanto, ubicado en los países de mayor desarrollo económico, social y cultural, ya sea en Francia o en Alemania.

Con el advenimiento de un capitalismo mundializado y de su transición a la etapa imperialista, el surgimiento del concepto de “eslabón más débil de la cadena” introduce una diferencia entre los puntos de mayor fragilidad para la ruptura y los de existencia de las condiciones más favorables a la construcción del socialismo. Ese traslado posible del centro a la periferia encontraba en los análisis de Lenin su justificación en las propias condiciones de construcción del poder imperialista en el mundo. El ejemplo de la explotación inglesa en la India servía como ejemplo para Lenin porque demostraba que una parte de la clase trabajadora inglesa se había hecho partícipe de la explotación de ese país – y, en particular, de su proletariado – solidarizándose con la burguesía inglesa, alianza soldada en la ideología nacionalista del imperio inglés y de sus dominios en el mundo. El concepto de “aristocracia obrera” designaría, para Lenin, ese sector de la clase obrera que se destacaría por sus intereses corporativos y por la asunción de la ideología chauvinista del resto de la clase y establecería un tipo particular de alianza contra el conjunto de la clase trabajadora, así como contra la India y, en particular, su proletariado.

Habría, entonces, un desplazamiento de las luchas de clase de un lugar hacia otro de la cadena imperialista. Así como éstas se tornaban menos densas en Inglaterra, centro del capitalismo, se agudizaban en la India, periferia del sistema. Las condiciones de desarrollo del capitalismo en Inglaterra hacían disminuir las contradicciones internas dentro del país, en vez de hacerse más propicias para la ruptura del capitalismo, y las tornaban más intensas en la periferia – bloqueando la capacidad de desarrollo de la burguesía inglesa – y entre el centro y la periferia.

De esta forma, el cuadro de las contradicciones se complejiza con el traslado de las tensiones del centro hacia la periferia y se reproducen en dos planos diferenciados: el de la cuestión nacional (anticolonial, antiimperialista, de liberación nacional o como quiera que se la denomine) y el de la cuestión social (posibilidad de ruptura en el capitalismo periférico por la profundización de las contradicciones sociales). En algunos países predominará el primer aspecto (en todos los que se dio el movimiento anticolonial sin ruptura con el capitalismo, con India como paradigma extendido a casi todo el continente africano), en otros el segundo (con China como paradigma seguido por Vietnam, Corea del Norte y Cuba, entre otros).

Sin embargo, el país de referencia esencial – por razones históricas precisas – terminó siendo Rusia. País atrasado, aunque el zarismo había propuesto participar en la división del mundo entre las grandes potencias imperiales, Rusia fue el escenario por excelencia para ejemplificar el concepto de “eslabón más débil de la cadena” de Lenin.

Mitad potencia imperial, mitad sociedad feudal, Rusia, con el esfuerzo del zarismo para participar en la guerra, tensó al máximo las cuerdas de su frágil estructura social, mientras las derrotas y los sufrimientos le daban la razón a Lenin – quien reconocerá que nunca, como en el inicio de una guerra, es tan difícil promover una revolución, dada la acción anestesiadora del nacionalismo belicista, pero nunca la revolución es tan posible como en el transcurso de una guerra cuyo carácter inter-imperialista y de clase se hace evidente.

La movilización de amplios sectores del campesinado hacia los frentes de guerra, alejándose del letargo del campo y poniéndose en contacto con los obreros, ambos con armas en la mano, posibilitó la materialización de la política de los bolcheviques del pacifismo revolucionario y comenzó a articular el sujeto social de la Revolución de Octubre. El fracaso del gobierno menchevique de febrero reveló el radicalismo de la situación, catalizada por el lema “Paz, pan y tierra” que, en su simplicidad, evidenciaba el agotamiento de la capacidad de la burguesía de administrar la crisis en la que Rusia estaba sumergida.

Se rompía la cadena imperialista por su eslabón más débil, que no se ubicaba en el centro sino en la periferia, en la Rusia atrasada. Se desvinculaban entonces los lugares de más fácil ruptura del poder burgués de aquellos que tenían condiciones para la construcción de la sociedad socialista. En palabras de Lenin el dilema se resumía así: “es fácil tomar el poder en la Rusia atrasada, infinitamente más difícil es construir el socialismo”.

Haber captado lo nuevo – la construcción de la cadena imperialista en escala mundial, la posibilidad de ruptura por sus eslabones más atrasados – no atribuía el poder de alterar los elementos materiales, sociales y culturales del movimiento histórico, que seguían señalando a los países más desarrollados como aquellos con condiciones de protagonizar la construcción de la nueva sociedad. Cambiaba el proceso de acumulación de fuerzas – éste podría comenzar a darse, de forma aguda, en los países de la periferia aunque su capacidad de irradiación en dirección al centro rápidamente se mostraría pequeña en comparación con la urgencia de su extensión en esa dirección, así como con su difusión hacia los centros menos desarrollados del capitalismo – hacia la periferia asiática.

Cuando el capitalismo volvió a estabilizarse y el nuevo “eslabón más débil de la cadena” – la Alemania derrotada en la guerra – “resolvió” su crisis en dirección al nazismo, se limitó la capacidad de acumulación de fuerzas por parte del movimiento anticapitalista. La discusión entre Stalin y Trotsky puede ser interpretada como un debate sobre las vías de acumulación de fuerzas: concentrarlas prioritariamente en la

Rusia atrasada y aislada o intentar hacerlo en la dirección de la entonces bloqueada Europa occidental. La derrota de las tentativas revolucionarias en Alemania probablemente condenó la revolución rusa, al frustrar las posibilidades concretas de que el proceso revolucionario se trasladase de la periferia hacia el centro del capitalismo y cambiara el destino del socialismo en el siglo XX.

En el centro del capitalismo, durante las décadas siguientes, la constitución del movimiento obrero en torno de sus dos ejes fundamentales – los sindicatos y los partidos legales – definió una línea de acumulación de fuerzas, tanto en la socialdemocracia como en el movimiento comunista. Mientras, en la periferia del capitalismo, predominaba la guerrilla como forma esencial de acumulación de fuerzas anticapitalistas, ya sea en su modalidad de guerra popular puesta en práctica en China o en Vietnam o de guerra de guerrillas como en Cuba.

Con destinos diferentes, esas formas de lucha predominaron en el centro y en la periferia capitalista. En el centro, las conquistas fueron de carácter económico-social sin ningún proyecto anticapitalista exitoso – sólo las barricadas de París de 1968 llegaron a plantear el tema del poder del Estado burgués – como elementos incorporados al llamado Estado de bienestar social, en cuya base había un compromiso interclasista. En la periferia se dieron las victorias de China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba. La extensión de los regímenes poscapitalistas (incluidos los del Este europeo) no quebró el aislamiento de los movimientos de ruptura con el capitalismo. Falló la acumulación de fuerza en los centros del capitalismo, sellando así el destino del socialismo en el siglo.

Las referencias centrales para evaluar las correlaciones de fuerza se alteraron con la crisis de legitimidad de los parlamentos, con el debilitamiento de los sindicatos, con la desaparición del “campo socialista”, con la crisis y/o descaracterización de los partidos de izquierda. Las clases cambiaron su forma de representación política, constituyéndose instancias supranacionales de poder de las élites dominantes mientras los grandes medios de comunicación ocupan espacios fundamentales en la constitución de la opinión pública. Al mismo tiempo, la capacidad de consenso de las ideologías dominantes tendió a multiplicarse y expandirse a través de diversas formas de elaboración y divulgación. Por otro lado, la multiplicación de las formas de expresión de los conflictos sociales generó una diversidad de formas de lucha y de organización que no pudo ser medida por los criterios tradicionales: cantidad de huelgas, número de sindicalizados, etc.

La acumulación de fuerzas antisistémica está relacionada directamente con el modelo hegemónico existente. Un modelo “europeo” – institucional, con economía industrial y relaciones sociales centradas en el mundo del trabajo formal – en el centro, demandaba la construcción de contrahegemonías con ejes en la lucha parlamentaria y en el movimiento sindical. Por su parte, los modelos hegemónicos con predominio de elementos de dominación más que de consenso, producían fuerzas opuestas que tendían a la lucha insurreccional.

Las nuevas modalidades de hegemonía capitalista requieren hoy nuevas formas de acumulación de fuerzas anticapitalistas. Este es uno de los grandes temas teóricos y prácticos que tenemos por delante, luego de Seattle y del primer Forum Social Mundial de Porto Alegre, tanto para capitalizar nuestros avances como para comprender nuestros puntos fuertes y débiles, como los del capitalismo en su era neoliberal. De eso dependerá, en gran medida, el escenario de la lucha de clases en el siglo que recién se inicia.

HEGEMONÍA Y CONTRAHEGEMONÍA EN LA ERA NEOLIBERAL

El período histórico marcado por el modelo hegemónico neoliberal representa no sólo un cambio radical en la correlación de fuerzas entre las clases fundamentales (o, si se quiere, entre capitalismo y anticapitalismo) sino también un cambio en la forma que asume la hegemonía, lo que a su vez requiere que las fuerzas antisistémicas alteren igualmente sus formas de acumular fuerzas para derrotarlo. Es necesario, entonces, comprender las modalidades de esa hegemonía para definir las vías de construcción de la alternativa.

La desregulación es un elemento económico, social e ideológico clave de la hegemonía neoliberal. Por un lado, al liberar el capital para que circule con la menor cantidad de trabas posible, reinstaura una relación de fuerzas entre capital/trabajo claramente favorable al primero, ya sea por el aumento del desempleo o por la fragmentación social que introduce. La restauración del proceso productivo – con nuevas tecnologías y nuevas formas de organización de la producción – permite elevar las tasas de explotación de la fuerza de trabajo.

Sin embargo, la desregulación también altera la relación entre capital productivo y capital especulativo claramente a favor de este último. A pesar de los avances tecnológicos del período (especialmente los vinculados a la informática), la mayoría de los capitales circula en el mundo dentro del circuito financiero, gran parte de los cuales está directamente vinculada a la especulación. El propio financiamiento del “boom” de las empresas de informática se dio a través de capitales volátiles que, una vez en regresión, arrastran con ellos también a ese sector que, según los ideólogos de la “nueva economía”, estarían exentos de crisis, definiendo un nuevo ordenamiento sin interrupciones de expansión económica, del que EUA – ahora en recesión – sería el paradigma.

Ese cáncer arraigado en el corazón del capitalismo, que oculta la salud de su proceso de acumulación – la “acumulación financiera” es simplemente un chupasangre del proceso productivo –, es uno de los puntos frágiles de la economía liberal vigente. Por eso, una tasa cuantitativamente pequeña como la tasa Tobin provocó que se desataran fuertes reacciones de sus enemigos y posibilitó un movimiento con tanto potencial como Attac y sus desdoblamientos posteriores.

Junto a esa zona gris del modelo económico actual se encuentran los paraísos fiscales y todo lo que encubren (lavado de dinero del narcotráfico, del comercio clandestino de armas, de gobernantes corruptos, etc.), elementos esenciales de la modalidad de producción, de comercio y de circulación financiera en el mundo actual. El combate a la especulación financiera y la lucha por el fin de los paraísos fiscales, aunque parezcan elementos marginales en el sistema económico vigente, constituyen puntos frágiles esenciales y pueden constituir la base de denuncias sobre la naturaleza de una economía delictiva, de Estados y grandes corporaciones involucrados en ellas.

Al mismo tiempo, la marginación de la mitad de la humanidad –que vive hasta con dos dólares diarios – y de continentes enteros – como Africa, por no constituir mercados con alto poder adquisitivo, por no poseer infraestructura moderna y por no disponer, en general, de mercancías altamente valoradas en el mercado internacional o de mano de obra altamente calificada, debe transformarse en un tema esencial de la lucha por un mundo más humano y solidario que encuentra su razón de ser en las condiciones generadas por una economía mercantilizada. Este es un tema que sirve no sólo como puente entre la economía y las condiciones sociales de existencia de la humanidad, sino que indica los criterios que tienen que orientar una nueva economía, centrada en las necesidades de la gran mayoría de la humanidad carente y excluida del acceso a los bienes y servicios que los hombres son capaces de producir.

Pero si el neoliberalismo tiene su fuerza y su debilidad en el aspecto económico (multiplica las riquezas pero las concentra, cuando aumenta los empleos los precariza, dilapida la naturaleza, etc.), el aspecto que debe ser más fuertemente combatido es el plano ideológico, en rigor, su mayor victoria. La fragmentación social se acompañó de grandes avances en el plano de los valores, de los significados subjetivos que motivan a las personas, de las lentes con que se mira y se caracteriza la vida en sociedad. Al mismo tiempo, esos nuevos valores se articulan a un formidable aparato de propaganda – que va de las agencias de noticias a las industrias de entretenimientos en todas sus modalidades – que los convierte en valores cotidianos en la vida de gran parte de la población mundial.

A la mercantilización sin límites de la vida social corresponde una ideología que busca destacar los elementos de “libertad”, de “iniciativa individual”, de destino diferenciado de cada uno, de eficacia. Se parte de la idea de que los recursos, las posibilidades, los empleos, los espacios en el mercado son limitados y de esa forma le compete a cada uno buscar su lugar, sus medios de supervivencia que, por definición, se obtienen a costa de los otros.

Esa ideología golpea duramente toda forma de acción colectiva, de organización social, de lucha por derechos. Al mismo tiempo que la extensión de las formas de supervivencia vinculadas a trabajos precarios e informales se propagó, así como la inseguridad en el trabajo, las personas pasan gran parte de su tiempo implicadas con pro-

blemas materiales inmediatos, relacionados a la supervivencia, lo que es funcional tanto a la falta de tiempo para la acción colectiva como para la reflexión.

El triunfo sobre el neoliberalismo, entonces, tiene que ser principalmente – aspecto sobre el que ya hemos conseguido dar algunos pasos – un triunfo ideológico. No solamente de los valores morales – esenciales – que nos orientan, sino también de los valores que orientan cotidianamente a las personas, lo que significa una presencia constante en los conflictos concretos, en los debates diarios y, sobre todo, velar por el éxito de las luchas reivindicatorias y de sus movimientos que pueden recobrar la confianza en las soluciones colectivas y golpear de forma contundente el egoísmo consumista prevaleciente.

Pero las victorias definitivas tienen que desembocar en triunfos políticos, en la cristalización de una nueva relación de fuerzas, en políticas puestas en práctica por gobiernos locales y por Estados. Toda forma de subestimación del plano político peca por no reconocer la correlación de fuerzas real existente y necesaria para construir otro mundo. En primer lugar, para quebrar el poder concentrado del gran capital, que tiene sus bastiones en los Estados nacionales, tanto en el centro como en la periferia del capitalismo. ¿Quién puede dudar del peso que tienen los autoproclamados “siete grandes”, una especie de ejecutivo de un gobierno mundial? ¿Cómo hubiera sido posible llevar a cabo políticas neoliberales sin la intervención activa y decidida de aquellos Estados en nuestros países?

Cualquier visión liberal que centre la acumulación de fuerzas en la oposición sociedad civil/Estado estará destinada no solamente al fracaso sino a provocar más confusión que claridad y avances. Como efecto de las recientes dictaduras militares, en los países del Cono Sur ha habido una tendencia a rechazar la acción estatal, considerándola, por definición, malévol y contrapuesta a una, también por definición, siempre benéfica “sociedad civil”. Mientras lo estatal se identificaba con la represión, con el mal uso de los recursos públicos, con la burocracia; el espacio privado, la “sociedad civil”, tendió a identificarse con lo que se oponía al Estado, inclusive por el término “civil” como opuesto a militar.

Ese maniqueísmo tendió a generar dos tipos de problemas: por un lado, descartó la posibilidad de democratización radical del Estado, por otro lado, puso en la misma bolsa de gatos todo lo que no es Estado; incluyendo las grandes empresas privadas. Una ambigüedad de este tipo vició la “teoría del autoritarismo”, tanto en la versión original de Fernando Henrique Cardoso como en otras similares. Allí podía reconocerse el reduccionismo conservador de la condena al Estado y de la absolución acrítica del empresariado privado.

En las tesis de Marx, a partir de los “Manuscritos económico-filosóficos”, y en las de Gramsci, la sociedad civil es un espacio de disputa por la hegemonía entre las clases fundamentales. Por lo tanto, es un espacio que engloba lo mejor y lo peor que el liberalismo intenta disfrazar a través de la oposición estatal/privado, imprimiéndolo-

le connotaciones positivas que incluyen el “mercado”. Para Gramsci, la sociedad civil es un espacio privilegiado de lucha de clases, atravesado por las contradicciones fundamentales de la sociedad capitalista y, por esta razón, no se opone al Estado porque la clase dominante – la burguesía – se apropia de él y lo hace funcionar a favor de sus intereses.

El desafío consiste en contruir una hegemonía alternativa, anticapitalista, que se apoye en las fuerzas sociales de la “sociedad civil”, opuestas a otras fuerzas de la sociedad civil, buscando la transformación de las bases fundamentales de la sociedad y del Estado. Así, los gobiernos democráticos y populares – como los de Rio Grande do Sul o Porto Alegre y de otros municipios con políticas similares en esa región – son aliados fundamentales, puestos de avanzada en la construcción de una fuerza política e ideológica para la construcción de un mundo antiliberal.

Se trata, así, de construir una nueva visión y un nuevo espacio para la política. No la visión tradicional de la política que la restringe a los espacios institucionales y a los calendarios electorales, en que toda la energía de la lucha de las personas y de las organizaciones se canaliza hacia la conquista de gobiernos y de diputados. Tampoco la que busca acumular fuerzas para asaltar al aparato de Estado, como si el poder fuera una cosa y el aparato de Estado concentrara todo el poder de la sociedad. Una visión que piense la lucha social, política e ideológica en la perspectiva de un proyecto de una hegemonía alternativa, anticapitalista, de construcción de una nueva sociedad, sea en sus bases económicas, sociales, políticas o culturales.

En esa perspectiva, separar la lucha social de la política – la “sociedad civil” del Estado – representaría girar en el vacío, acumulando fuerza social sin hacerla desembocar en fuerza política o, peor todavía, haciendo que esa fuerza sea canalizada para proyectos de renovación de las fuerzas sistémicas y no de su radical transformación.

Es lo que sucede con parte de las ONGs, que a pesar de sus definiciones programáticas terminan girando alrededor de la agenda del Banco Mundial o de gobiernos que pretenden cooptarlas. La alternativa no es, entonces, entre sociedad civil o Estado, o entre fuerzas sociales o políticas, ya que la lucha social no se sustenta en el vacío político. Si no llenamos ese espacio con un proyecto político de gobierno, de sociedad, de poder concientemente asumido, estaremos permitiendo que otros coopten esa fuerza social.

La visión liberal busca bloquear toda alternativa en la polarización estatal/privado, con la descalificación del primero y la automática revalorización del segundo, donde se esconden las relaciones de mercado. Para nosotros se trata de desplazar esa polarización introduciendo el elemento clave de lo público, el que representa la democratización radical del Estado y del que son buenos ejemplos las políticas de presupuesto participativo y la construcción de los asentamientos promovida por el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil.

Se trata, por lo tanto, de redefinir la noción de política, imprimiéndole un carácter público, tornándola un espacio de acumulación de fuerzas sociales, culturales

y directamente políticas, quebrando la dualidad Estado/sociedad civil que pertenece al universo liberal y choca directamente con la socialización de la política y del poder, objetivos fundamentales de la lucha por la emancipación de los hombres.

Sin embargo, antes de entrar en esa cuestión, es necesario enfatizar un problema que se le presenta nuevamente a la lucha anticapitalista con la misma o mayor fuerza que en el inicio del siglo pasado: la diferencia, a veces dicotómica, de las condiciones de lucha en el centro y en la periferia capitalista. Es un problema que se arrastró a lo largo de todo el siglo pasado, desde la victoria de la Revolución Rusa y su posterior aislamiento en relación a los países del centro del capitalismo, situación que no se superó hasta el fin de la URSS, pudiendo ser invocado como uno de los factores de la derrota del socialismo en el siglo XX.

A lo largo del siglo XX esa diferencia llegó a expresarse bajo la forma de contradicción cuando, por ejemplo, el movimiento de liberación de las colonias europeas no solamente no contó con el apoyo de la izquierda tradicional (partidos socialistas y comunistas, centrales sindicales vinculadas a esos partidos) sino que algunas veces tuvo dentro de ellos agentes directos de la política colonial europea. La socialdemocracia personificó más directamente la izquierda parlamentaria europea como modelo de fuerza social y política del centro del capitalismo, solidaria con movimientos de la periferia capitalista aunque frontalmente opositora a movimientos revolucionarios victoriosos, como los casos de China, Cuba y Vietnam.

Existía una distancia, a veces un enfrentamiento directo, aunque en general había un campo de coincidencias que permitía decir que, de una forma u otra, pertenecían al mismo campo movimientos revolucionarios de la periferia capitalista, fuerzas nacionalistas del Tercer Mundo, partidos de izquierda y sindicatos del centro del capitalismo – así como los finados países del entonces llamado “campo socialista” – como tres vertientes de un movimiento internacional, cuya denominación sería difícil designar, pero con puntos comunes. Como si su fortalecimiento indicara la acumulación hacia la misma dirección: antiimperialista, anticapitalista o simplemente democrática, de acuerdo con los objetivos de cada fuerza.

Esa situación se alteró en la era de la hegemonía neoliberal. El fin de la URSS y del campo socialista y el debilitamiento radical de los partidos comunistas y sindicatos vinculados a ellos fueron algunos de los motivos que explican este proceso. Pero existieron otras alteraciones significativas, entre ellas la reconversión de la socialdemocracia europea hacia las tesis neoliberales del ajuste fiscal. Tendencia iniciada con el cambio de dirección del gobierno francés de François Mitterrand en 1982, sumándose a las políticas de Reagan e Thatcher y abandonando el Tercer Mundo a su suerte, lo cual no significó simplemente un cambio radical de la “filosofía” del gobierno francés y de su política económica sino que soldó fuertemente la alianza de las potencias capitalistas del Norte a expensas de los países de la periferia capitalista.

No fueron pocas las consecuencias de este proceso en el plano internacional. La actitud chauvinista en relación a los trabajadores extranjeros en Europa, fue una de ellas. Inicialmente característica de la extrema derecha, contagió a sectores cada vez más amplios de trabajadores, tornando difícil la solidaridad social y política con los inmigrantes. Además, la construcción de los tres megamercados mundiales se realizó también en función de las disputas inter-imperialistas, para ubicarse mejor en el nuevo reparto del mundo, especialmente con los nuevos procesos de internacionalización del capital, de financiarización de la economía mundial, de privatización de los patrimonios de los Estados de la periferia capitalista, de apertura de nuevos espacios de penetración, fusión y adquisición de empresas (bancos, telefonía, etc.).

Se produjo una ruptura entre las izquierdas del centro y de la periferia capitalistas. La primera se debilitó en su campo comunista y se pervirtió en su polo socialdemócrata. Los sindicatos se debilitaron y se volvieron defensivos, mientras perdían de vista, en general, la defensa de los intereses de la clase trabajadora como clase internacional. La intelectualidad, a su vez, se dejó llevar, en su mayoría, por la nueva ideología anglosajona del “militarismo humanista” – como la llamó Chomsky – y, si bien no adhirió a la Guerra del Golfo, lo hizo a la de Yugoslavia, ayudando a legitimar el carácter “democrático” de la nueva ideología de la OTAN, guiada por el tándem EUA/Inglaterra.

Al mismo tiempo, la izquierda de la periferia también sufrió mutaciones. Partidos y fuerzas vinculados de una u otra forma a la socialdemocracia – en su versión ideológica explícita como Acción Democrática de Venezuela, el PS chileno o el MIR de Bolivia – o partidos populistas y nacionalistas clásicos – como el Peronismo o el PRI mexicano – sufrieron transformaciones similares a sus sucedáneos europeos y se distanciaron de las tesis clásicas de la izquierda en el continente, enfrentándose directamente en varios casos (como el brasileño) con los partidos que continuaron en la izquierda, los sindicatos y los movimientos sociales. Por otro lado, en los países en que las dictaduras militares desarrollaron políticas de exterminio contra la izquierda radical – de los cuales, Argentina y Chile son los casos más típicos y dramáticos – la izquierda sufrió derrotas estratégicas, de largo plazo, que dejaron el escenario político nacional de esos países prácticamente sin un protagonista antineoliberal de expresión.

La diferencia es que el nuevo orden económico y político mundial favoreció un nuevo impulso de transferencia de riqueza y de poder de la periferia hacia el centro del capitalismo, similar al colonial, previo a la industrialización de los países de la periferia capitalista, a aquella época en que Lenin se refería a la “aristocracia obrera”. Las conquistas económicas, la ideología chauvinista, junto a la hegemonía tecnocrática y consumista norteamericana consolidaron una fractura entre el centro y la periferia capitalista, con repercusiones directas sobre la izquierda. Cuando las fuerzas que resistieron al neoliberalismo en la periferia volvieron a fortalecerse, no encontraron los antiguos interlocutores en el centro del capitalismo – en particular en Europa Occidental, cuna de la izquierda – y tuvieron que buscarlos en otras direcciones, como lo demuestra la cartografía del Forum Social Mundial de 2001 de Porto Alegre.

Una primera lectura de la composición del Forum, si es representativa de lo que constituye hoy el campo antineoliberal, revela el surgimiento de fuerzas nuevas tanto en la periferia como en el centro del capitalismo. La presencia del sindicalismo norteamericano, del sudafricano, del de Corea del Sur, junto al brasileño y al argentino, habla de la recomposición de fuerzas en el plano de la organización económico-social de los trabajadores y de la disminución del peso del sindicalismo de Europa Occidental. Movimientos sociales representados en la Vía Campesina – entre los que destacan el MST de Brasil y movimientos indígenas latinoamericanos –, movimientos de mujeres, de negros, de profesores a los que se suman Attac – a partir de su liderazgo francés –, ONGs ecológicas, de derechos humanos, etc. Incluso los partidos de izquierda latinoamericanos no estuvieron debidamente representados – PT de Brasil, Frente Amplio de Uruguay, PRD de México, por ejemplo –, ya sea porque no percibieron a tiempo la importancia del Forum o porque de alguna manera están involucrados en las dinámicas institucionales internas de sus propios países.

Especial importancia tiene la recomposición – aunque todavía embrionaria – de la izquierda europea a través de Attac y organizaciones afines, no solamente porque le permite a la izquierda retomar la iniciativa, sino porque concretamente ya surgió como factor de dinamismo y de recuperación de la capacidad de sensibilizar a las nuevas generaciones de militantes. Además, ese movimiento representa el nuevo hilo conductor a través del cual la izquierda de la periferia encuentra interlocutores en los países del centro del capitalismo a partir de un tema que afecta al mundo como un todo – el papel especulativo del capital financiero – y que representa uno de los elementos de fuerza y de fragilidad del capitalismo contemporáneo.

Si es verdad que la mayor cantidad de fuerzas acumuladas está concentrada actualmente en la periferia del capitalismo, esto no puede conducir a retomar concepciones “tercermundistas”, entendidas como visiones que oponen los intereses de la periferia como un todo contra los del centro tomado como totalidad. Limitarnos a una estrategia de la periferia contra el centro transformaría nuestras virtudes en debilidades, retomando el ciclo que condicionó negativamente el socialismo a lo largo de todo el siglo XX. El internacionalismo que debemos recomponer tiene que ser universal, tiene que atravesar el capitalismo en su conjunto, restableciendo alianzas entre fuerzas anticapitalistas del centro y de la periferia a partir del análisis del sistema como un todo. Si los países de la periferia capitalista son las mayores víctimas de las políticas neoliberales – especialmente su población pobre –, la fuerza acumulada en la periferia no es suficiente para revertir la correlación de fuerzas en su conjunto porque el nuevo orden mundial reconcentró fuerzas en detrimento del hemisferio Sur y a favor de las potencias del Norte.

Las agudas contradicciones en la periferia pueden movilizar los más amplios contingentes para la lucha antineoliberal actual, pero es necesario sumarles el papel estratégico de los países centrales del capitalismo y de las fuerzas que se oponen a la hegemonía contemporánea en el centro del sistema. De la capacidad de recomponer esa

alianza estratégica depende en gran parte el fortalecimiento de las fuerzas antineoliberales en el mundo actual.

PORTO ALEGRE 2002: EL PROGRAMA Y LAS FORMAS DE ACCIÓN PARA OTRO MUNDO

La entrada en el siglo XXI nos proyecta hacia una continuidad de la hegemonía norteamericana en el mundo, asentada en la fuerza de su economía, en el hecho de que es la única potencia con intereses en todas las regiones del mundo y con capacidad de organizar y mantener el apoyo de un bloque de las otras grandes potencias, capacidad para velar militarmente por esos intereses, y que dispone del monopolio de los grandes medios de comunicación como instrumento de consolidación de esa hegemonía.

Sin embargo, después de un ciclo expansivo que atravesó toda la década pasada, la economía de los EUA entra en un período recesivo, cuyas consecuencias para la economía mundial están a la medida de la importancia que esa economía asumió. Lo más importante, sin embargo, serán las consecuencias sociales e ideológicas que pueda tener esa transformación dentro mismo de EUA, donde será fundamental para la lucha antineoliberal echar raíces profundas y extensas, ya sea por la importancia de ese país en la correlación objetiva de fuerzas en el mundo, o bien por la trascendencia mundial de todo lo que allí ocurre.

El cambio de rumbo de la economía norteamericana también puede traer consecuencias graves para un país clave en el continente como lo es México, que hoy practica el 90% de su comercio exterior con su vecino del Norte. Como modelo de buena vía de integración de un país del Tercer Mundo, de la misma forma en que la crisis mexicana de 1994 bloqueó en aquel momento la extensión del Nafta para el resto del continente, lo que ahora suceda con México será una referencia central para el proyecto estratégico de los EUA en la construcción del Alca.

A ese proyecto tenemos que oponer la integración latinoamericana como condición previa para cualquier negociación con una economía que representa el 70% de la totalidad del continente. Del resultado de esa resistencia dependerá en gran parte el futuro del continente, su capacidad de integración soberana o subordinada a lo largo del nuevo siglo.

La lucha por impedir una nueva ronda mundial del comercio, que pretende convocar la OMC, debe continuar siendo uno de los objetivos centrales de nuestra resistencia, que comenzó a cobrar trascendencia mundial justamente en Seattle cuando logramos impedir la reunión de aquella organización. Aun más, después de Porto Alegre estamos comprometidos en diseñar y encontrar los medios de poner en práctica el tipo de comercio alternativo que queremos, las formas equitativas de comercio basadas en las necesidades de los pueblos y no en la simple búsqueda de ganancia.

La iniciativa aprobada por las Naciones Unidas, que establece los alimentos como derecho, tiene que ser una de nuestras batallas fundamentales desde el momento en que 840 millones de personas pasan hambre y un continente casi entero, África, está rebajado a los niveles de supervivencia más elementales. Tenemos que encontrar grandes iniciativas que perturben a la conciencia universal con los problemas de África: hambre, enfermedades, comercio clandestino de armas implementado por intereses económicos de grandes corporaciones y potencias económicas. Mientras no consideremos los destinos de África – y de las regiones más pobres del planeta – como prioridad mundial, no cambiaremos el actual escenario ideológico.

La construcción de un Tribunal Social Mundial, compuesto por autoridades internacionalmente reconocidas, para juzgar los casos más graves tanto de crímenes contra la vida de millones de personas perpetrados por los mecanismos de mercado, como de atentados contra los derechos humanos, políticos y culturales de los pueblos, debe ser otro objetivo que se valga ampliamente de la superioridad moral de las causas que defendemos, claramente reconocida por la prensa mundial en el enfrentamiento con Davos.

El Forum Social Mundial de Porto Alegre tiene que ser, en su conjunto, un Forum de propuestas sobre los grandes temas del mundo contemporáneo. Propuestas elaboradas por los mayores especialistas y ampliamente debatidas en el Forum, para que de ellas salgan no solamente alternativas sino formas de acción que permitan llevarlas a la práctica e iniciar efectivamente la construcción de otro mundo, más justo, humano y solidario.

